

# BUSCANDO EL RECUERDO

Salimos de Cortes de Aragón por la carretera que nos llevaría a Huesa del Común. Me acompañan mi hijo, su mujer y mi nieta. Por internet hemos visto su página, con muchas cosas que visitar: la iglesia, las ruinas del castillo, la ermita, las murallas con sus puertas, el peirón... Las veremos si nos queda tiempo. Hoy venimos en busca de mis recuerdos. Nací en Blesa y solo he visitado Huesa en una ocasión, cuando vinimos de excursión con el maestro y los compañeros de la escuela.

Preguntamos por el Mas de Yerna y nos indicaron la dirección. Solo quedan ruinas de lo que fue una importante casa de labranza. En esa masía, durante la Guerra Civil y algún año más, los arrendatarios fueron mis abuelos, con sus siete hijos, el mayor de ellos mi padre. Nos acercamos lo que podemos e imaginamos cómo debió de ser su vida en aquellos años. Mi abuela nos contaba algunas cosas que les pasaban, unas buenas y otras malas, aunque a nosotros solo nos hablaba de las buenas. Por ejemplo: la tierra la labraban con vacas de labor, bueyes. Un día, la puerta de la cuadra se quedó abierta. En el portal estaba sentada la hija pequeña, de unos dos años. La primera vaca que salió la apartó suavemente con el morro y las demás pasaron sin tocar a la niña.

Después nos dirigimos al cementerio. Como es domingo, está abierto. El ayuntamiento está cerrado, así que no podemos preguntar en el catastro. Nos aventuramos a buscar la tumba de una mujer, Cristina, de la que desconozco los apellidos. Como fue enterrada hace sesenta años y era pobre, suponemos que estará en tierra.

Cristina vivía sola en Blesa, en una casa en la replaceta del Castillo, frente a la de mi abuela. Siempre llevaba una boina bien calada que le tapaba media frente; el pelo lacio, cortado a la altura de la nuca —deduzco que se lo cortaba ella misma—; la cara de un color marrón oscuro, con arrugas profundas. A nosotros, con ocho o diez años, nos parecía muy vieja, pero tendría menos de sesenta. Vestía pantalones de hombre, botas de goma y, para protegerse del frío, una pelliza impermeable ceñida a la cintura con una correa. También llevaba un palo a modo de bastón. Esa vestimenta le daba un cierto aspecto siniestro. Algunos de mis amigos, cuando venían a mi casa, evitaban pasar por su puerta. Para nosotros era solo una vecina más. De vez en cuando nos daba vino de su bota, aunque cuando bebía se volvía más huraña. Su principal actividad consistía en ir a buscar caracoles, que después vendía. También la llamaban para hacer alguna peonía, y algunos de sus contratantes, aprovechándose de su necesidad, le escatimaban el pago. Tenía algunas gallinas y, en invierno, los vecinos la ayudaban con la comida, pasándole algún plato caliente.

Verano de 1963. Subo por la cuesta Roya montado en mi burrica, en dirección a la Malvasía, a regar la huerta. Esa actividad la hacíamos desde los ocho años. Al llegar al campo, dejo la burrica atada larga para que pudiera pacer. Me acerco a la acequia para abrir la tajadera y veo que baja poca agua: estarían regando más arriba. Me costaría más tiempo. Los mayores dejaban la huerta preparada para que, con abrir la tajadera y poco más, el agua serpentease hasta el final del campo. Eso indicaba que ya estaba regado. Como entraba poca agua, la espera se hacía larga.

Después de mucho esperar, me dirigí al final del campo a ver por dónde llegaba el agua. Y allí estaba ella, echada de lado, entre los dos caballones de patatas. Como no tenía que dar cuentas a nadie, pensé que se le había hecho de noche y se quedó a dormir allí. Grité: “¡Cristina! ¡Cristina!”, pero no se movía. No sé cuánto tiempo quedé paralizado, hasta que escuché que me llamaban. Era el tío Manuel Roncal, un hombre mayor que estaba en su huerta, dos tablas más arriba. Le dije que estaba Cristina. Se acercó, vio lo que había y me dijo que me marchara, que él se encargaría de todo.

Como la Malvasía pertenecía al término municipal de Huesa del Común, Cristina fue enterrada en su cementerio, en presencia de unos pocos vecinos, entre ellos mi padre.

Este suceso podía haberme traumatizado: mi primer muerto, encontrado bruscamente en el campo. Pero se quedó en mi memoria como un recuerdo más, sin darle mayor importancia.

Todo cambió al llegar mi jubilación, justo cuando empezó la pandemia y el encierro. Tenía tiempo para pensar, y este recuerdo volvió con fuerza. Desde la distancia del tiempo adquirió otro sentido. Sentí que algo me faltaba para cerrar ese episodio y decidí visitar el lugar donde descansaba.

Miramos lápidas del año 63, nada. Ampliamos a todo el cementerio. Preguntamos a unas personas mayores, pero no recordaban el caso. Seguramente la sepultaron en tierra, dejarían alguna marca o número, y con el tiempo habría desaparecido. Olvidada por su familia. Seguramente sería una mujer rebelde en su tiempo, que se marchó a vivir su vida.

Un vecino me cuenta que regresó al pueblo con otra mujer; que ambas habían recorrido España con la reina de la revista musical, Celia Gámez; que llevaban una vida ordenada hasta el fallecimiento de la compañera. Quizás fueran pareja, aunque en aquellos años eso lo guardarían en secreto. Al quedar sola, empeoró su forma de vida: más arisca, abusaba del vino, desorden en general.

Empieza a atardecer. Estamos solos en el cementerio. Vamos saliendo, me quedo atrás. Miro una vez más la zona donde, en teoría, estaría su tumba, olvidada por todos, como si no hubiera existido. Pero mientras alguien la recuerde, Cristina no caerá en el olvido.